

CAPITULO CUARTO.

LA CONFERENCIA.

I.

La hacienda de la Teja está al Suroeste y como á una media legua de la capital.

Varias calzadas conducen á la hermosísima finca que más bien es una quinta de recreo que una empresa de campo.

El patio de la hacienda es un jardín lleno de arbustos y de plantas exquisitas, que ciñen con unas guirnaldas de rosas la fuente de agua purísima que forma el centro del patio.

Las habitaciones son amplias y de buen gusto.

En una de aquellas estancias estuvo *Carlos Casarín*, el primer redactor de la "Orquesta," cuando fué atravesado de una estocada en el duelo que se verificó en los corredores de ese edificio.

Ese duelo es un episodio que tenemos escrito en el libro que debe preceder á ésta publicación; pero hemos creído de nuestro deber, como testigos presenciales de aquel suceso desgraciado, consignar este breve recuerdo á nuestro malogrado amigo, víctima de una susceptibilidad patriótica y generosa.

II.

La hacienda de la Teja fué el lugar señalado por el emperador para celebrar la última conferencia, para decidirse definitivamente á aceptar por completo la situación, tan difícil como la dejaba el mariscal Bazaine al retirarse del suelo mexicano.

Después de las juntas de Orizaba, este nuevo aplazamiento era una vacilación manifiesta.

Se comprendía desde luego que el espíritu del monarca sufría los vaivenes de la duda, y que sus pensamientos no acababan de fijarse definitivamente.

El hecho es que el partido imperialista estaba emocionado con la conducta vaga de Maximiliano, y que la prensa se esforzaba en detener al monarca; porque roto el centro de acción, la máquina se paralizaría.

Los comprometidos en la intervención temblaban solo al pensar que quedarían entregados al furor revolucionario, y levantaban el grito al cielo porque el emperador no se moviese del trono de México.

Maximiliano tenía razón en vacilar; la frontera se había perdido. Juárez salía de Chihuahua para Zacatecas, Escobedo se ponía en marcha para el centro del país, Riva Palacio se situaba á dieciocho leguas de la capital, y Porfirio Díaz emprendía la campaña de Oriente con el éxito que ha coronado las difíciles empresas del joven caudillo.

El horizonte estaba preñado de nubes que avanzaban á medida que el ejército francés deslaba rumbo á las playas del Atlántico.

Las primeras detonaciones anunciaban que el volcán estaba próximo á su erupción.

El astro de los Hapsburgos, que se había puesto tras los inexpugnables muros de *Cuadrilátero*, no alumbraría más el sólio de Maximiliano I.

Los soldados de la Francia habían sido los comisionados para entregar el Lombardo Veneto en manos de la Italia; en México su salida era el toque de llamada á las fuerzas de la República, era la reacción del movimiento de 863.

En aquellos días la marea intervencionista subía, arrojando en cada ola el nombre de la *Monarquía*.

Llegó la hora del reflujo, y las oleadas murmuraban la palabra *República!*

III.

Los prohombres del imperio fueron convocados por un orden imperial á aquella solemne conferencia. Ya veremos en el acta de ese memorable día que el clero se lavó las manos, como Pilatos; que los hombres de corazón aconsejaron al austriaco que abdicase, y que una mayoría de desgraciados que no concurren jamás ni con su valor, ni con su inteligencia á las revueltas políticas, azuzaron al infeliz archiduque pa

ra emperder la loca aventura de sostener un imperio cuyos cimientos estaban minados.

La historia debe recojer estos apuntes como un documento precioso para presentarlo á la faz de las generaciones.

Lares presidia la junta en nombre del emperador, y propuso desde luego la cuestión en estos términos:

“En las actuales circunstancias del país, y en vista de los datos presentados por los ministerios de Hacienda y Guerra, ¿puede y debe el gobierno imperial emprender la pacificación?”

El ministro de Gobernación dió cuenta con un informe absurdo y ridículo presentado por sus colegas de gabinete; leyó una lista de los departamentos que se conservaban fieles al imperio; y de dichos datos resultaba que el erario contaba (habla el ministro de Gobernación] con una entrada efectiva de *once millones* de pesos. Una vez recobrados los departamentos de San Luis, Zacatecas y Jalisco, ascendería el ingreso á *veinte y tres millones*, y esta suma se aumentará hasta *treinta y tres millones* cuando la acción del gobierno imperial pueda extenderse á los confines del país.

El ministerio de la Guerra, por su parte, cuenta con un efectivo de ~~26,000~~ 26,000 hombres.

Después de esta manifestación, Lares pidió el parecer de los vocales.

El general Márquez, cobarde asesino, nulo en las armas y en la política; obedeciendo á sus instintos sanguinarios, y sabiendo que había de huir en los momentos del peligro, dijo que el gobierno debía emprender vigorosamente la guerra, puesto que los recursos de que disponía en hombres y dinero, eran más que suficientes para lograr el fin que se proponía: ¿por qué desanimarse? decía el miserable carnicero, cierto es que los disidentes ocupan puntos de grande importancia: pero ¿no estamos acostumbrados á ocupar los puntos que ellos ocupaban ayer? ¿No es esta la historia constante de la guerra civil?

Murphy, el ministro de la Guerra que jamás ha asistido á una batalla si no es con telescopio, dijo con tono arrogante y pomposo, que opinaba por la guerra, que los insurgentes no eran sino *bandas de ladrones*.

Un individuo llamado García Aguirre, soldado del Papa en México, y seguro de no ir á campaña, opina porque la guerra se lleva á sangre y fuego, y exclama en su entusiasmo clerico monárquico: “Si faltan soldados, puede hacerse una recluta forzosa: que se tome de donde lo haya”

La capacidad de este personaje está medida por sus palabras, á los que no nos atrevemos á llamar discurso.

El maestro Lacunza, que salió de una rectoría de hojear el Digesto y las Decretales, se llena de ardor bélico y el viejo ceibatario opina decididamente por la guerra.

El mariscal que asistió extraoficialmente y con la intención de desprestigiar el imperio, queriendo se tomase nota de su palabra, que hoy le escupimos en la frente á sus país, leyó un discurso en francés que el maestro Lacunza tradujo literalmente al castellano. Lo consignamos íntegro, cuidando de no omitir una sola coma, porque esas palabras son el padrón de la vergüenza y la infamia: ellas dicen al mundo que todas las apreciaciones de la Convención de Londres y de los autores de la intervención, son una mentira innoble, un absurdo que ha hecho correr á torrentes la sangre de dos pueblos amigos.

El mariscal Bazaine decía; “Que en opinión del ejército francés, que ha recorrido todo el país, la República *ha entrado* en las costumbres é ideas de la mayor parte de los habitantes. Que ha tenido á sus órdenes 40,000 soldados franceses y 20,000 mexicanos, ha tenido á su disposición todos los recursos necesarios, y *está convencido* de que el imperio sería la guerra y no la paz; creese, en consecuencia, que el emperador debe retirarse.”

Esto no necesita comentarios.

Arango y Escandón llama la atención del mariscal, y con voz conmovida por la cólera, le dice:

Señor mariscal Bazaine: Hallándose en guerra el Papa Paulo IV contra el rey Felipe II de España. hizo alianza con el rey de Francia, Enrique II, quien le proporcionó un ejército al mando del duque de Guisa. La guerra no fué favorable al Papa, cuyas tropas vinieron á quedar encerradas en el recinto de Roma, llegando hasta las inmediaciones de esta ciudad el duque de Alva, virrey de Nápoles y que mandaba las fuezas españolas. En estas circunstancias, el rey de Francia llamó á su ejército, por haber sido derrotados los franceses en San Quintín, y al despedirse el duque de Guisa del Papa, éste le dijo las siguientes palabras: “Id, pues, llevando la conciencia de haber hecho poco por vuestro soberano, menos aún por la Iglesia, y nada por vuestra propia honra.”

El mariscal Bazaine se encogió de hombros, y dijo que no era esa la oportunidad de contestar citas históricas.

El arzobispo de México, olvidando que se sentó en la silla de los triunviros, manifiesta sus incompetencia en materias políticas, dice que su misión es puramente evangélica.

¡Monseñor Labastida es todo un hombre!

El obispo del Potosí, perpetuo agitador de la guerra civil, se lava las manos y hace una aclaración importante venida de los labios de un prelado; no son ladrones ni asesinos, dice, los que llamamos disidentes; entre ellos hay personas de suma honradez y muy ameritados.

El padre Fischer, secretario del emperador, hombre de ta-

lento, pero de refinada perfidia, astuto é intrigante, se olvida de ese Evangelio que recuerda lleno de unción monseñor Labastida, y opina por la guerra.

Iribarren, comisionado imperial de Sonora, lanza una gasconada política que hace sonreír á sus colegas: "He abandonado Mazatlán y los otros departamentos en la creencia de que S. M. abdicada; pero creo fácil recobrarlos."

El comisario de Durango tira la primera piedra opta por la abdicación.

Cortés Esperanza, una de las capacidades más distinguidas de nuestro país, que se impuso en el ministerio condenando á las cortes mariscales y consejos de guerra, y castigando severamente hasta la destitución á las personas que perseguían á los republicanos, toma la palabra y con aquel acento de persuasión que lo distingue en sus discursos, dice con vehemencia, que la reunión se compone de elementos heterogéneos, y que faltan datos positivos para resolver la cuestión propuesta; ¿que documentos hay para verificar la exactitud de los guarismos presentados? ¿Existen realmente los once millones de que habla? ¿No hay ilusión en esto? Los 26,000 hombres con que el Ministerio de la Guerra cree poder contar, son soldados, ó simplemente hombres armados? ¿Existen efectivamente en tal número? ¿Quién de los presentes puede responder sí ó no á esta pregunta? El emperador y sus ministros son los únicos en aptitud de tomar una resolución con perfecto conocimiento de causa. Agrega, que de algún tiempo atrás cree oportuna la retirada del emperador. En este sentido se expresó en la conferencia de Orizaba, y de entonces acá, lejos de cambiar de opinión, se ha confirmado en ella. Se dice que el país está acostumbrado á la situación en que hoy se halla. Esto es cierto; pero cuando el orador se adhirió al imperio, precisamente lo hizo porque creía adherirse á un orden de cosas cuya estabilidad traería consigo la paz y la prosperidad nacional. Esta esperanza no se ha realizado, y quedan pocas probabilidades de que se realice en lo sucesivo. El orador reitera, pues, el voto que emitió en Orizaba, es decir, opinaba porque el emperador se retirase del campo de la política.

El Sr. Cordero, con su lógica inflexible, desarrolla las mismas consideraciones. Creo que, llevando adelante la guerra, corre riesgo de descender á la condición de jefe de partido. Cree, además, que el imperio, en razón de su novedad, cuenta pocos partidarios propios. Pronúnciase, pues, en favor de la abdicación.

El presidente Lares recoge los votos, y por una gran mayoría se resuelve que Maximiliano quedase al frente del gobierno, y se abriese la campaña contra la República.

IV

El emperador se trasladó á Chapultepec.

Allí tuvo lugar un acto eminentemente ridículo.

Una turba de conservadores de la clase ínfima en la administración imperial; se dirigió en masa al castillo.

Un abogado que capitaniaba el vótor, tomó la palabra y felicitó á Maximiliano, que apenas contestó algunas palabras.

Había algunos individuos de frac y sombrero blanco.

Entre los personajes que dirigían el grupo de felicitantes, se distinguía un joven como de treinta años, pequeño, algo encorvado, con los ojos encontrados, los pómulos salientes, bigote y candado negro: llevaba un vestido color de aurora y un fieltro negro.

En medio de los aplausos, se distinguía su voz que clamaba con entusiasmo: *¡Vivan SS. MM. Imperiales de la República Mexicana!*

A este individuo, que se ha hecho célebre por su capacidad en hacer cuadros de costumbres en las tertulias, le han dedicado una pieza de música á cuyo frente se encuentra su retrato.

Este joven es notable por sus chistes de buen gusto, y tenemos para nuestro colete, que los equívocos de los vivas eran intencionales.

Este sainete acabó de desprestigiar la resolución de los consejeros, poniendo en caricatura al gran partido con que contaba la monarquía.

Al día siguiente la mayor parte de los individuos del vótor conservador, fueron condecorados con la cruz de la Orden de Guadalupe.

CAPITULO QUINTO

LA RETIRADA.

I.

La hora había sonado.

El ejército francés, concentrado en la capital del imperio, había hecho tres marchas escalonadas rumbo á Veracruz, donde le esperaban los transportes para regresarlo á su patria. ¿Qué llevaba sobre sus banderas?

¡Los cipreses de la derrota, la corona del escarnio y de la vergüenza!

¿Era este el ejército cuyas armas vencedoras saludaba la Italia en los campos de Magenta y Solferino?

¿Era este ejército que recibía con gritos de entusiasmo y con arcos de triunfo á su regreso de Sebastopol la imperial París?

No; aquellos mutilados batallones eran una falange de aventureros que salían en fuga de un país talado y lleno de escombros.

Una turba desarrapada de verdugos á quienes seguía la maldición de una nacionalidad despedazada.

¡Salve, Francia imperial, ya no eres aquella virgen impetuosa ceñida con el gorro frigio por la mano de Robespierre y de Dantón!.....

Ya no eres aquella sibila del porvenir sentenciada al mundo del pasado desde la tribuna de Mirabeau.

¡Ya no se levanta tu voz en medio de la efervescencia de un pueblo, entonando el himno patriótico de la Marsellesa!

¡Pobre Francia imperial!

¡Ya no eres aquella nación grande y poderosa que paseaba en triunfo las cenizas de Voltaire, maldiciendo el despotismo y lanzando delante de aquellos reverendos manes un anatema á la tiranía!

¡Hoy humillada y readida te prosternas delante de la turba que se alza sombría en el cuartel de los Inválidos, y descubres tu frente al pasar por la columna que sostiene la estatua de Billault, mientras estrujas con temblorosa planta la yerba que crece sobre los sepulcros de Pirre y Orsini!

¡Tú siempre á la vanguardia de la libertad y del patriotismo, tú empuñando la bandera de la civilización y del heroísmo, necesitas para regenerarte la tempestad del *Nueve Thermidor!*

Olvida en el desprecio á Ravallac y Jacobo, Clement; tú no debes empuñar la daga del asesino, tienes una bandera tricolor que se ha paseado triunfante por toda la Europa; invoca á los dioses de tus libertades y derriba la esfinge monárquica!

No vaciles entre la *Diosa Razón* y Napoleón III!

II.

La mayor parte de los Estados de la República habían vuelto al orden constitucional.

Los ejércitos de Juárez, como un río desbordado, se extendían en diferentes surcos y todo lo inundaban.

Los soldados imperiales huían desmoralizados, y todo aguardaba el próximo triunfo.

Maximiliano se entregó por completo en brazos del partido conservador, de los hombres del desprestigio á quienes el país entero había rechazado hasta lanzarlos á las playas extranjeras.

Miramón se dirigía de San Luis Potosí á Zacatecas, donde el presidente Juárez había llegado entre arcos de triunfo y las aclamaciones de los libres. Miramón era el general más atrevido del ejército imperialista, y á él se le había confiado la primera expedición.

El 5 de Febrero de 867, día fijado para la desocupación de la capital, corrían rumores de que Miramón entraba en Zacatecas después de derrotar á los republicanos.

Márquez organizaba con un ardor inconsable al ejército, compuesto de franceses licenciados y de mexicanos tomados de leva.

Maximiliano visitaba los cuarteles, disponía revistas, y procuraba levantar el espíritu abatido de sus soldados.

Cuando una situación se determina, todo lo arrolla, no hay más que resignarse, porque la suerte está echada, y fallan hasta las probabilidades más lógicas, y se extravían los cálculos más bien fundados.

Maximiliano veló sus armas como los caballeros andantes; se creyó soldado, calóse la armadura, dispuso su caballo de batalla y se lanzó al frente de su ejército como Bravo de Hierro, su antepasado.

III

El mariscal Bazaine dió una proclama vindicando á la Francia, diciendo que no había querido imponerle un gobierno á la República, y haciendo votos por la prosperidad de la nación.

Las últimas palabras del mariscal son incalificables, carecen de pudor y de vergüenza, son una página más á esa historia de infamia y de sangre escrita con las bayonetas francesas.

Los conservadores aclararon á su vez que una era la causa nacional y otra era la causa francesa.

Los intervencionistas, en materia de descaro, se pusieron á la altura del mariscal.

Llegó la mañana del 5 de Febrero de 1867.

El día estaba sereno: las calles todas de la capital, en el tránsito de la Plaza de armas al Paseo estaban inundadas de gente para ver la partida del ejército expedicionario.

Ni un arco, ni una cortina, nada que indicara la menor simpatía á ese ejército que se ponía en fuga vergonzosa y acelerada delante de la revolución victoriosa.

El momento había llegado, y aun había ilusos que no lo creían, juzgando un movimiento estratégico del ejército.

Efectivamente; sólo presenciando aquel acto vergonzoso y humillante se podía creer.

Napoleón III, azotado por los americanos, vejado por Mr. Seward, se inclinaba con la frente sombría al peso de una situación desesperante.

Maximiliano rehusó recibir la despedida del mariscal, y el Palacio, años antes empavesado con la bandera de los grifos y con las flámulas francesas, yacía sin adornos y desnudas las asta-banderas.

La basílica había enmudecido: sus campanas, que con sus lenguas de bronce saludaron al ejército francés, vencedor en Puebla y San Lorenzo, permanecían mudas á la salida del ejército expedicionario.

Daban las once de la mañana cuando conmenzó el desfile, viniendo las tropas del Paseo Nuevo dende se organizaron, siguiendo la carrera hasta la plaza para tomar rumbo á la garita de San Antonio Abad.

Una escolta de turcos formaba la vanguardia.

Aquellos hombres permanecían indiferentes, sin afectarles la manera con que el ejército francés abandonaba la capital.

Después, el general Du Preuil, seguido de un escuadrón de Cazadores de Francia.

El general iba profundamente emocionado, sus mejillas enrojecidas de vergüenza, y su rostro casi cubierto por el paño de sol y visera del kepí.

Inmediatamente los cazadores de Vincennes.

Este cuerpo fué el primero que entró en la capital y tomó posesión del Palacio, como vanguardia del ejército en 863.

Pasaba á su vez por las llantas de la vergüenza.

Hace tres años, tan apuestos los Cazadores y ahora, ca-bizbajos como unos sentenciados.

¡Pobres soldados! Ellos no saben más que batirse, derramar su sangre á la voz de ese hombre que pesa sobre los destinos de la humanidad!

Seguía el general Castagny, que enfermo de una afección nerviosa, iba haciendo contorsiones ridículas, como un payaso en un convite de circo olímpico.

El desgraciado general apoyaba como un Napoleón su brazo en la cintura, y la emoción lo tenía epilético.

Aquella figura provocó la hilaridad popular. Seguían el 7.º y el 95.º de línea.

Esos batallones marchaban marcialmente al son de sus cajas

Había algo de solemnidad en aquellos valientes que infundían respeto.

Queriendo conservar en sus ademanes, la dignidad que le faltaba aquel acto bochornoso.

En esos bravos batallones se trasparentaba el orgullo del soldado francés.

El mariscal Aquiles Bazaine apareció entre el grupo tormentoso de su Estado mayor.

Llevaba el mariscal un albornoz blanco, como el de los Templarios, su kepí echado el paño de sol, guantes blancos y pantalón colorado.

Montaba un arrogante caballo árabe que llevaba cubiertos de espuma los encuentros.

El jefe de la expedición tenía un ceño de marcado desdén.

Paseaba sus miradas dominando á la multitud, como esperando aplausos.

Ostentaba soberbia y menosprecio, manifestando cuánto le contrariaba la orden de Napoleón III.

El veterano comprendía lo negro de su situación, se exasperaba su ardor marcial en la retirada.

A nadie dirigió un saludo, y atravesó casi á galope la extensión de la Plaza, seguido de su escolta y de un escuadrón de Cazadores de Africa.

Al pasar por el Palacio, observó que los balcones estaban cerrados, que la bandera no estaba enarbolada, y que los centinelas de la puerta no le hacían los honores.

Entonces arrimó los acicates á su caballo, y envuelto en la nube de sus soldados, desapareció por la ruta rumbo á la salida de la ciudad.

En seguida desfiló la artillería.

Aquellas piezas habían dejado oír su estallido de muerte en cien campos de batalla!

Ninguno de los soldados que las habían acariciado hacía tres años, sobrevivía á la intervención!

Aquellos cañones visitaron las arenas de Inkerman y Montebello!

Un golpe de música anunció que les tocaba su turno á los Zuavos.

En efecto, el 3.º de zuavos apareció metiendo una algazara horrible.

Marchaban en desorden aquellos intrépidos soldados, primeros relámpagos de las batallas.

Los zuavos son los hombres de las simpatías.

En un campamento donde ellos están, no hay tristeza, todo es broma.

Son valientes por espíritu de cuerpo; uno de sus sargentos había puesto la bandera en la torre de Malakofi.

Las zuavos venían cargados con un grande equipaje; sobre sus mochila muchos traían pericos, trozos de carne y verdura.

Esto caía en gracia á los espectadores.

Algunos soldados eran seguidos de perros, y cada uno llevaba algún recuerdo á la familia.

Las vivanderas, con trajes del regimiento formaban parte de la comitiva, recogiendo al paso los chistes y calambours de sus camaradas.

El tambor mayor arrojaba á una grande altura su bastón, haciendo alarde de su destreza en el manejo de su arma.

La música seguía tocando una marcha sonora y hermosísima.

El 3.º de Zuavos desapareció con el eco de sus parches y clarines.

Dos horas después el ejército acampó en los alrededores de la Piedad, prolongándose hasta Churubusco.

De lo alto de las torres se percibían las tiendas de campaña como una bandada de garzas voladoras posadas sobre la yerba de los sembrados y que va á abandonar un campo para siempre.

IV.

¡Adiós! ¡Ya vuestras armas no volverán á dispararse contra el pecho de los mexicanos! ¡Nos habéis dejado un recuerdo de lágrimas y desolación!

¡Cuántos de vuestros hermanos dejáis en las tumbas abandonadas del suelo extraño!

¡Cuántos de vosotros quedáis en este suelo hospitalario en busca del pan que compráis en vuestra patria á costa de sangre y sufrimientos!

¡Marchad en paz!

Las sombras de las víctimas os despiden en las calientes arenas del Golfo, y mandicen vuestras armas que saludaron tantas veces cuando simbolizaban el cimiento de la libertad y la emancipación de un pueblo!

¡Nuestra mano no volverá á oprimir la vuestra!

Se necesita una nueva generación que pronuncie la palabra *olvido* delante de nuestras tumbas.

¡Esa palabra quemaría nuestro labio!

¡Adiós!

¡En vuestros sueños de ambición, y cuando os lancéis sobre una nacionalidad agonizante, acordáos de México!

CAPITULO SEXTO.

EL PRIMER ENCUENTRO

I.

Tralasdémonos al campo republicano, ocho días antes de los sucesos que hemos referido.

El ejército independiente, en alas del triunfo, se acercaba á los reductos imperiales, donde yacía plegada y marchita la bandera de los grifos, antes triunfante en todo el territorio.

El ejército de Maximiliano, compuesto de tropas mexicanas, austriacas, y de multitud de aventureros franceses llegaba ardiente al combate, deseando arrollar á su enemigo que lo desafiaba.

Miramón volvía á saludar á sus antiguos camaradas en esos campos donde había cosechado tantos laureles en los días esplendentes de su fortuna.

Hábil en la táctica de la guerra, había vacilado sobre el punto donde debía dirigir la visual de sus cañones.

Fijóse primero en la ciudad de San Luis; pero tenía fuertes inconvenientes, acaso sería necesario un sitio, y el joven general quería á todo trance arrollar á campo raso á los republicanos.

Pensaba auxiliar á las fuerzas de Jalisco, próximas á una derrota; pero el prudente general imperialista se retiró á Colima entregando Guadalajara á las tropas de Corona, que la ocupó en nombre de la república.

Miramón previno á la división Castillo amagase la ciudad del Potosí, para evitar ser atacado por la retaguardia en las operaciones que iba á emprender.

La ambición era el genio tutelar de Miramón. Supo que el presidente Juárez había llegado á Zacatecas; que las fuerzas reunidas en aquella plaza eran escasas, y se movió violentamente sobre ellas creyendo que podría traer prisionero al presidente de la República.

Efectivamente; el día 27 de Enero se presentó á Zacatecas.

Las fuerzas de Juárez ocuparon la Bufa para defenderse mientras el grueso de ellas, se retiraba, vista la superioridad numérica.